

Estrategia de poder

ALFONSO GUERRA

Al comenzar 1978 el país despierta de un sueño benéfico y agradable: las elecciones del 15 de junio. Después de muchos años sin posibilidad de optar políticamente, el pueblo español fundió sus ilusiones con papeletas de votos y urnas secretas. Ahora toca la reflexión. La remisión de las esperanzas demasiado veloces, la consciencia de los graves problemas con que se encuentra la reciente democracia. El origen de la crisis no está en la democracia, pero los nuevos usos sociales, la libertad, han de responsabilizarse de los males que aquejan a la patria.

Históricamente la democracia recibe una penosa herencia de injusticia social, de escasez, de imprevisión, de frustraciones individuales y colectivas. Este panorama se vertebra sobre dos situaciones angustiosas, la una lamentable, la crisis económica, la otra favorable, la necesaria consolidación de la democracia. Ninguna es menos importante ni fácil en su resolución.

El peligro que acecha a nuestra sociedad está en una real o aparente polarización política: derechas contra izquierdas. Las amargas experiencias derivadas del enfrentamiento feroz en los años de la pasada guerra alimentan permanentemente un a veces no oculto deseo de volver a agitar los viejos fantasmas de la intolerancia. Por ello la dialéctica izquierda-derecha se pretende sustituirla con la que opone a los

demócratas contra los que no lo son. Así se amplía el espectro de apoyo a la democracia a todos los que creen en ella, aun desde distintas posiciones ideológicas, y a la vez se aísla a los enemigos de la forma democrática de convivencia.

Pero el drama, a veces, está en descubrir a los demócratas, porque la izquierda aún no ha encontrado un interlocutor válido, sólido, duradero, en las fuerzas de la derecha. Se puede decir que la derecha no existirá hasta que desaparezca la experiencia de poder de Unión de Centro Democrático. Porque su esencia es *estar* en el poder, mantenerlo, antes que ejercerlo.

La variedad política antes del 15 de junio, «la selva de siglas», ha quedado en suspenso mientras las formaciones políticas más favorecidas por el voto popular reorientan sus estrategias. Las elecciones de junio trajeron algunas sorpresas. Para muchos fue una revelación inesperada el rechazo de las siglas que avalaban los herederos formales de la dictadura, los que añoraban el testamento del general. Para otros, la sorpresa fue el importante impulso popular que recibió el PSOE, que ofrecía un programa de cambio de la sociedad —*cambiar la vida*—, de libertad —*la libertad está en tu mano*—, y una imagen de juventud, de corte con la política del pasado, representada ejemplarmente por el líder Felipe González.

El Parlamento surgido de aquellas elecciones enfrenta en teoría a dos grandes bloques, equilibrados en votantes: conservadores (UCD) y progresistas (todos los que se destacaron por su combate o actitud contra la dictadura, y especialmente el PSOE), y jugando de árbitro, de péndulo en las votaciones, los escasos representantes de Alianza Popular.

Para el Partido Socialista la democracia representativa, indirecta, se completa con la democracia directa, popular. La delegación que los ciudadanos hacen en sus representantes políticos no garantiza suficientemente la participación de los pueblos. Se hace necesario combinar la vía parlamentaria a la democracia con la actuación directa de los representados.

Instituciones políticas y sociales útiles para la recepción de la acción ciudadana son los ayuntamientos y los sindicatos. Concebidos los ayuntamientos como centros abiertos de participación y los sindicatos como agrupaciones libres y democráticas de los trabajadores en la lucha por la defensa de sus intereses.

Actividad parlamentaria, acción municipal y lucha sindical.

Fundamentándose la acción de los socialistas sobre este tipo de representación parlamentaria, sindical y municipal, es decir sobre la actividad legislativa que haga evolucionar las normas de la sociedad civil y sobre la acción de la movilización de las masas que presionen sobre un aparato de poder que se resista a eliminar los obstáculos que impiden la redistribución de la riqueza y el ejercicio de la libertad, nada es tan lógico como que la estrategia del Partido Socialista se dirija a consolidar la presencia progresista en los tres frentes descritos.

En la presente situación el PSOE cuenta con un capital político que le atribuye la categoría de *alternativa de poder*. En el espacio de representación parlamentaria, y tras el logrado proceso unitario con el resto de las fuerzas socialistas, el Partido Socialista suma 125 diputados, 50 senadores y una creciente credibilidad popular. Se equivocan los que recurren insistentemente a las derrotas parlamentarias del socialismo. Los votos mandan, y mientras UCD sea la minoría mayoritaria es lógico y democrático que sus planteamientos triunfen sobre los de los socialistas. Pero la opinión pública es perfectamente receptiva al sentido de las posiciones que adoptan los socialistas y comprende y acepta que unos tienen la fuerza de los votos y otros la fuerza de la razón y la voluntad de beneficiar a los más a costa de los menos. Claro que no se puede confundir la opinión pública con los reducidos grupos de ciudadanos que *están* en la política.

Desde el punto de vista sindical, las fuerzas políticas más importantes, UCD y PSOE, se encuentran en posiciones muy diferentes. El partido del Gobierno no tiene una alternativa sindical, aunque parece seguro que pretende aproximarse a una de las *terceras fuerzas* que emergen de las elecciones sindicales en curso. No sería nada sorprendente que en pocos meses uno de los sindicatos menores abandonase su fraseología de izquierda y comenzara a tratar la acción sindical como un testimonio obrero-cristiano-demócrata.

Por el contrario, el PSOE cuenta con el apoyo —al que a la vez apoya— del sindicato de inspiración socialista UGT. La Unión General de Trabajadores compite con otro sindicalismo, el comunista de CC. OO. al que aventaja, aunque la manipulación informativa de comunistas y gobierno Suárez esté forzando la imagen contraria. Baste observar que en las grandes empresas triunfa UGT, y que la publi-

cidad de resultados coloca a idéntico nivel a los representantes de grandes, medianas y pequeñas empresas, tengan tras de sí miles de trabajadores o media docena. Esta razón explica por qué no se publican los votos que obtienen las centrales y sí sólo el número de representantes. Pero es que aún es más determinante, porque el triunfo en las grandes empresas significa disponer de los sectores punta a la hora de construir el sindicalismo en nuestro país. Las movilizaciones, las reivindicaciones, el movimiento sindical está canalizado siempre por los trabajadores de las empresas con grandes concentraciones obreras.

Municipalmente los partidos aún no pueden conocer su influencia real, porque a pesar de los riesgos que ello supone, el gobierno Suárez viene retrasando la confrontación que renueve y democratice las corporaciones locales. Sin embargo, puede hacerse una doble valoración que confirma a los socialistas una perspectiva de presencia notable en los futuros ayuntamientos democráticos. Por una parte, ninguna fuerza política puede ofrecer una trayectoria de ejecución municipal como el PSOE, nadie como los socialistas dejan huella de integridad y de gestión honesta en los ayuntamientos. Además, las intenciones de votos que se recogen cada día en encuestas y sondeos conceden un papel fundamental al Partido Socialista en la tarea municipal que se pondrá en marcha tras las elecciones locales.

Se completa así el tipo de representación que define la estrategia de los socialistas: representación parlamentaria, solidaridad obrera y apoyo popular. Con esta perspectiva global intentemos analizar las acciones que realicen este diseño estratégico.

En grandes líneas, la actividad socialista se impulsa tendencialmente a un proceso que parte de la consolidación de la democracia y que se cumple en la transformación social de la sociedad capitalista imperante en nuestro país. No nos estamos refiriendo al modelo final de la sociedad socialista, sino que circunscribimos nuestro análisis, en este momento, a la realidad que hoy tenemos ante nosotros y a la posibilidad de quebrar el modelo de sociedad en beneficio de los trabajadores. Y sin olvidar que la concepción de trabajador se amplía a todos los que apoyan su supervivencia en la contraprestación de un salario por su actividad laboral, excluyendo, por tanto, sólo a los parásitos sociales.

La consolidación democrática supone aquí y ahora encontrar un marco de aceptación general que establezca las reglas del juego demo-

crático. Era preciso elaborar una Constitución. Y junto al trabajo constitucional los socialistas tratan de suprimir los vestigios de la etapa anterior, en un esfuerzo parlamentario en el que los votos a veces no son tan importantes como el impulso que crea en el gobierno de solucionar situaciones autoritarias del pasado, aunque sólo sea por la obligación moral que les crea rechazar los proyectos socialistas tendentes a limpiar del aparato político del Estado situaciones de inseguridad jurídica y arbitrariedades.

Simultáneamente a la acción parlamentaria y, en parte, gracias a ella, que muestra la posición de los socialistas en defensa de los trabajadores, el Partido se organiza, crea una infraestructura necesaria para emprender en un futuro no lejano tareas de gobierno con medidas que exijan contar con el apoyo de la población, mediatizada hoy por unos medios informativos en poder de los sectores conservadores de la sociedad.

Si la labor parlamentaria apoya la tarea de organización interna del Partido, ésta influye sobre los procesos electorales, creando las condiciones idóneas para el triunfo en las elecciones municipales, sindicales y legislativas. Cumplidos estos procesos electorales, los socialistas habrán de realizar un trabajo concreto en los ayuntamientos y en el sindicato que nuevamente accionará la máquina de la organización interna del Partido. Es así, de una forma dialéctica, como las acciones públicas a las que se dirige la estructuración de un partido democrático y la propia organización se relacionan dinámicamente.

Trabajo social y crecimiento del Partido, organización y tareas concretas en la sociedad completarán el *bipartidismo imperfecto*, acercando a los socialistas a un acceso al Gobierno que posibilite una tarea de transformación de las estructuras sociales, económicas y políticas, necesaria para alcanzar un sistema democrático, libre y justo que abra un proceso de transición al socialismo. Se trata de hacer realidad la alternativa de poder que figura en el programa socialista.

Alternativa de poder.

¿Pero cómo hacer realidad lo que para algunos no es más que un *slogan*? En algunas ocasiones se le recuerda al Partido Socialista que su opción histórica no está en el poder sino en la oposición. Se preten-

de fundar tal observación en la imposibilidad —a juicio de los que así piensan— de que los poderes tradicionales del país, Ejército, Iglesia, institución monárquica y gran empresariado y banca, no aceptarían las medidas transformadoras que obviamente pondría en práctica un gobierno de socialistas. Aconsejan, en consecuencia; que los socialistas se mantengan en la oposición durante años a fin de lograr una credibilidad social que los convierta en artífices posibles de un cambio al acceder al poder. Olvidan que hoy las fuerzas que lucharon contra la dictadura poseen mayor credibilidad que las vinculadas al régimen anterior. Se cree más en los proyectos socialistas que en los procedentes de una formación amorfa como UCD. No existe en las condiciones políticas actuales necesidad de un forzado «calvario» de oposición para los socialistas, sino que, por el contrario, alcanzada una mayoría parlamentaria, el acceso al poder de los socialistas no sería contestado desde los poderes tradicionales, entre otras razones, porque la propia institución monárquica conoce que su supervivencia depende de que ejerza su jefatura bajo un gobierno socialista.

Pero volvamos a plantearnos cómo realizar la alternativa de poder de los socialistas.

En nuestro boceto estratégico atendemos a distintas etapas del proceso: a corto, a medio y a largo plazo. Establecemos objetivos a cubrir y táctica necesaria para cubrir esos objetivos.

Para marcar una estrategia general es preciso planear sobre los grandes temas nacionales, para de ellos concluir cuáles son las acciones internas de una organización socialista que la capaciten para dar respuestas concretas a los problemas concretos.

En un plazo inmediato, ya lo hemos dicho, hay que procurar la consolidación de la democracia, afianzar el bipartidismo imperfecto y lograr sensibilizar a la población sobre la expectativa del socialismo como alternativa cierta. Tácticamente estos objetivos se cumplen por la redacción de una Constitución que fije los métodos democráticos, por una legislación preconstitucional que allane el terreno para la convivencia, eliminando los obstáculos de las leyes del pasado y con una decidida acción encaminada a la salida de la grave crisis económica que sufre el país, con una atención especial a las capas sociales menos favorecidas y sobre todo con un plan enérgico de lucha contra el paro.

En la consecución de estos objetivos, la unidad de los socialistas puede multiplicar la capacidad de apoyo popular a los proyectos socia-

listas. En estas fechas todos los socialistas españoles militan bajo la bandera del partido que fundara Pablo Iglesias, añadiendo un índice de responsabilidad y capacidad a la opción socialista.

Si los análisis que hacemos se verifican por la realidad estaríamos a las puertas de una experiencia única en Europa y tal vez en el mundo: la posibilidad de construir un modelo de sociedad —no hay modelos que imitar— que, cercano a la realidad política de nuestro país, trascienda los límites de nuestra geografía para impulsar un socialismo transformador en la Europa del Sur, que extienda su influencia al centro y norte de Europa, por una parte, y al mundo mediterráneo y latinoamericano, por otra.

La situación.

La complejidad de la situación política y económica del país exige de cualesquiera fórmulas esquemáticas.

La aprobación de la Constitución coloca al Parlamento ante el dilema de su disolución o la prolongación de la legislatura.

Durante la campaña electoral de 1977 los socialistas fuimos insistentes en nuestro deseo, por exigencias políticas, de que las Cortes que surgieran de la primera confrontación electoral fueran constituyentes, implicando en este concepto la elaboración de un texto constitucional y la posterior disolución de las Cámaras. Otros grupos políticos, entre ellos los comunistas, hicieron declaraciones semejantes. Hoy ante la alternativa real, los socialistas volvemos a estar en solitario. En política, a veces, la soledad es la única forma de mantener la independencia.

El Gobierno de UCD intenta, como ya hizo tantas veces, emparedar al Partido Socialista entre el partido del Gobierno y los comunistas. Ambos se necesitan mutuamente. El espacio político que hoy ocupa el Partido Comunista no se corresponde con su exiguo 9% de apoyo popular. Se debe al favor del Gobierno Suárez que en permanente operación publicitaria *bombea* la política del PCE y de su Secretario General. A cambio, los comunistas garantizan al Gobierno Suárez, una actitud *responsable*, pantalla que esconde el colaboracionismo más incondicional. Si a esta simbiosis política UCD-PCE, añadimos el espíritu de servicio de la minoría catalana de Jordi Pujol, se

puede aventurar sin grandes riesgos que las elecciones generales no se celebrarán inmediatamente después del Referéndum Constitucional.

Sin embargo, Unión de Centro Democrático no puede seguir gobernando como hasta ahora, como minoría mayoritaria. Necesita una alianza permanente que le garantice la tranquilidad en el Parlamento. Y esta alianza se le presenta difícil.

En un amplio ejercicio de hipótesis, UCD conducirá su política de coalición sobre la base de un nuevo pacto económico que reemplace a los Acuerdos de la Moncloa. A partir de esta salida inicial, a UCD se le ofrecen cinco posibilidades: coalición con AP (que los ucedistas dicen rechazar en su voluntad de borrar su identificación con el franquismo); acuerdo con la Minoría Catalana (ya comprometida, pero insuficiente para gobernar con amplia garantía, ya que les aporta pocos escaños); alianza con el PSOE (de la que UCD no se hace ilusiones porque conoce la posición socialista al respecto); gobernar sola (actitud difícil, contando además con las posibles deserciones post-constitucionales); convocar nuevas elecciones generales.

Sin entrar en el análisis detallado de cada una de las salidas políticas que se derivan de la aprobación de la Constitución, bástenos decir que la actitud de los socialistas se orienta a conseguir cuanto antes la convocatoria de elecciones legislativas, que clarifiquen definitivamente el panorama político y haga posible un gobierno estable de la nación.

En base al análisis anterior la estrategia del Partido Socialista habría de encaminarse por:

- La aprobación de la Constitución, como marco general de convivencia y garantía de libertades.
- La ruptura de la política de *consenso* o acuerdo, a partir de la aprobación del texto Constitucional. Rechazo de la renovación de los acuerdos económicos. Los compromisos económicos se alinean en la relación empresarios-centrales sindicales, no entre Gobierno y partidos de la oposición.
- La negativa a una política de coalición gubernamental con UCD, partido conservador con el que no son posible las transformaciones económicas y sociales que exige la realidad española.
- La exigencia de convocatoria de elecciones generales. Es preciso ampliar el espectro electoral socialista, abriéndose a los votantes *naturales* de la izquierda, que por falta de información o por

miedo votaron a UCD. (Reflexiónese sobre el siguiente dato: en las elecciones de junio de 1977 la renta media más alta de los votantes correspondió a AP, seguida de PCE, PSOE y UCD).

- La elaboración de una estrategia de poder concreta: técnica, programática y organizativa, que garantice los cuadros técnicos necesarios, el programa de gobierno y la adaptación del esquema organizativo del Partido a la nueva realidad.
- El triunfo electoral para gobernar y gobernar para transformar.

Estas son algunas reflexiones que merece el presente análisis de situación que pronto, ante el alud de acontecimientos que se avecinan, será necesario completar con próximos estudios de coyuntura.